

LA HABANA

Cuando se llega a La Habana, en medio de esa luz y ese color dorado que lo envuelve todo, uno siente la fina sensación de una tristeza que nos viene de dentro. Es como si en esos edificios, que fueron escenarios de grandeza y hoy combaten contra el salitre y la ruina, viéramos las huellas onerosas del tiempo en nuestra piel. Pero, ¡qué bella esa ciudad de columnas, atrios, porches de niños y de hamacas, donde se juega al dominó, se fuman los inmensos tabacos enrollados a mano, se escuchan fuertes risotadas de mulatas rebosantes de vida y alegría, a pesar de tantas carencias cotidianas!

Allá, cerrando casi la bahía, está la Habana Vieja, barrio almendrado, bullanguero, de mojito y daikirí, de hermosa plaza colonial, colorida, musical y pícara en su gente que te explica fantasías de la hermosa catedral que todo lo domina. ¡Cómo podrán los habaneros conversar tanto, sin descanso, sin que medie presentación alguna! La Habana Vieja es Patrimonio de la Humanidad, y más que por su hermosa monumentalidad de iglesias y conventos, palacios, castillos, fortalezas, por esa trama urbana-humana que es chispa y es color, es tráfago y al mismo tiempo relajado estar.

Pero los grandes caserones, los palacetes asombrosos, de selváticos patios interiores, de ajardinado alrededor, están en el Vedado, el barrio de los grandes potentados del azúcar del siglo XIX. Y allí, entre la gente que hace colas para todo, cantan y palmean, lanzan ocurrencias, chistes, y a la vez el mensaje de su mucha penuria pacientemente soportada, el turista es el rey, con sus hoteles portentosos, con sus lujosos restaurantes, con sus salas de fiesta, y todo a su servicio que se pesa en dólares contantes.

Por eso yo prefiero el Malecón, esa curva infinita que da paso a todos los barrios de La Habana y donde las olas golpean como látigos a los humildes habaneros. Éstos, desafían al mar embravecido, pescando en las orillas, subidos a neumáticos inmensos de esos gigantescos camiones-autobuses que aún circulan. Allí están las vendedoras de maní; los chicos que se esfuerzan haciendo circular el carromato de tres ruedas a golpe de pedales; los jóvenes besándose; la multitud de músicos que con cualquier tipo de instrumento son capaces de hacer arte; los pacientes artesanos de camelar turistas a base de ocurrencias y sonrisas. Allí también los grandes monumentos, sus entregados generales que sacaron la isla del abrazo del oso de España, aunque ¡ay!-no pudieron quitarse del cuello la enorme sanguijuela norteamericana.

Sí, esta ciudad de mar y humanidades, cenicienta en sus ruinas, altiva en su pasado, orgullosa sólo de medio lado en su revolución, es bálsamo y nostalgia. Es relajante, azucarada, melancólica. Como su Cementerio de Colón, todo mármol finamente esculpido, bellísimo, rendido ante la muerte, vivo en el contraste del casi cercano cabaret de Tropicana, ya en el barrio de embajadas de Marianao. Hay que perderse, perderse alguna vez, de cuando en cuando, en los brazos vitales, dulces y venenosos, sirénicos, serenos de La Habana. Si Cuba es un caimán, con su gran boca adelantada hacia el vecino poderoso que amenaza, esta ciudad abierta en alas de inmensa mariposa es el ojo siempre vigilante, plantado ante Miami, pero dulce y hermoso cuando nos tiende su mirada en ese arrullo infatigable de acogida.

LISBOA

Mirada desde el río Tajo, parece Lisboa un yugo gigantesco. A nuestra izquierda el bohemio, agitado Barrio Alto, al que ascendemos desde la vaguada rectilínea, elegante, de la Baixa pombalina, por empinadas escaleras, o cogiendo el decimonónico Elevador de Santa Justa. A la derecha el otro promontorio, tan costoso de escalar por las pendientes calles laberínticas de Alfama, o más cómodamente en el tranvía casi de juguete que nos deja a las puertas del Castillo de San Jorge. ¡Qué vistas desde allí al río, a la metrópolis grandiosa que forma esta ciudad abierta al Atlántico apenas traspasamos el Puente 25 de Abril!

Ciertamente Lisboa es mucho más. Es -Plaza de los Restauradores arriba- la hermosa Avenida de la Libertad, culminada por la llamativa Plaza del Marqués de Pombal, a la que sigue el extenso Parque de Eduardo VII, y más al norte la Plaza de España y el Jardín Zoológico. Es -siguiendo la línea del Tajo hacia el mar- todo el complejo ajardinado y monumental del Monasterio de los Jerónimos, la Torre de Belém, los palacios, los barrios lujosísimos de Belém y Restelo. Es -Tajo hacia adentro-, pasada la emblemática Plaza del Comercio, de donde todo parte, las nuevas, vistosas urbanizaciones y zonas de recreo que dejó la Exposición Mundial del 98. Es... ¡muchas cosas más sin duda alguna! Pero me quedo personalmente con la Baixa, el Barrio Alto -sobre todo la zona del Chiado- y la Alfama, a los pies del castillo musulmán.

La Baixa, llena de oficinas bancarias, tiendas de regalo, librerías, cafés y restaurantes, es ideal para el paseo reposado, para sentarse en los pequeños veladores de sus calles peatonales, disfrutando del trasiego, del gentío multirracial que pasa y pasa sin cesar. Para mirar escaparates, para escuchar a los músicos que se hacen un pequeño auditorio en cualquier lado y elevan su actuación a la categoría de arte puro y verdadero, a cambio de una propina mínima que les dará para comer.

El Chiado, hoy de nuevo esplendoroso tras el terrible incendio de 1988, mantiene en ruinas evocadoras y románticas la Iglesia gótica del Carmen. En efervescente actividad la mítica Rua Garret, donde he escuchado a los mejores fadistas, humildes cantores espontáneos. En continuo servicio a la cafetería modernista “A Brasileira”, en cuya puerta los turistas se hacen fotos junto al monumento de Fernando Pessoa, que continúa allí bebiendo eternamente café. En tentadora oferta sus múltiples pequeños restaurantes, de comida en donde priman sabrosos asados marineros.

La Alfama es también el fado obsesivo, improvisado, de tasca, amigos, vino y aguardiente. Es su dédalo estrechísimo de calles, sus tascas, sus casas sencillísimas, sus abiertos, acogedores habitantes, sus pilluelos. Es uno y otro mirador, desde los colosales del Castillo, al de las Puertas del Sol, de Santa Lucía, o ya más abajo el de la Plaza de la Catedral -la “Sé”, esa fortaleza inexpugnable, de un primoroso románico tardío-, que enseguida nos devuelve a la Baixa, y allí nos tienta el deseo de iniciar otra vez el recorrido.

Sí, Lisboa, esa ciudad de la música, el color, los olores a asados y a café, la tierna decadencia remozada, la gente, mucha gente de todos los rasgos y colores, la admirable superposición de monumentos, la orografía difícil...esa Lisboa, atrae y enamora, engancha ciegamente y siempre, una y otra vez, se ha de volver.

Moisés Cayetano Rosado

BUENOS AIRES

Buenos Aires era siempre para mí aquellos parientes que me quedan allá, como a tantos, fruto de la enorme emigración europea de finales del siglo XIX y principios del XX. Más de un millón y medio de españoles y por encima de dos millones de italianos recalaron allí en menos de treinta años, y la mayoría arrastran su nostalgia -más bien sus descendientes- por la enorme ciudad de 12 millones de habitantes y las extensas pampas, entonces llenas de riqueza y luego de miseria y opresión. Y es ésta, la feroz represión de los gobiernos militares de Videla y Galtieri, desde 1976 a 1982, con miles de asesinados, torturados y desaparecidos, la que llevó al movimiento más emotivo, triste y a la vez modélico de la historia contemporánea universal: las Madres de la Plaza de Mayo, que reiteradamente se manifestaban reclamando a sus hijos frente a la Casa Rosada, sede del Gobierno.

La Plaza de Mayo, además del eco de estas madres, ya abuelas, tiene la belleza de sus espacios abiertos, sus jardines, la catedral del siglo XIX, el Cabildo y el impresionante edificio de mármol del Banco de la Nación. De ahí arranca la Avenida de Mayo, que lleva hasta el neoclásico Palacio del Congreso, siendo atravesada a su mitad por la Avenida 9 de Julio, la más ancha -140 metros que dan para múltiples calzadas, paseos ajardinados interiores y enormes acerados- y posiblemente más larga del mundo -la numeración llega hasta el 26.677-. De la primera avenida, que discurre en dirección este-oeste, me gusta en especial el Café Tortoni, donde hay a diario espectáculos de tango, y el ambiente bohemio parece casi auténtico. De la segunda, que va de norte a sur, partiendo de los inmensos jardines cercanos al Río de la Plata, me atrae su Obelisco, que asciende a 60 metros, en medio de la Plaza de la República; en sus alrededores se siguen dando cita todos los grupos que tienen algo que discutir, algún motivo para movilizarse y protestar. Allí al lado, paralela a la Avenida de Mayo, está la Avenida Corrientes, rebotante de hoteles, cines, teatros, tiendas de todo tipo, restaurantes que exhiben sus parrillas tras grandes escaparates, donde se asan a fuego lento costillares de ternera, cerdos enteros abiertos en canal, pollos y embutidos. Y perpendicular a la anterior, la Calle Florida, donde un millón de personas cada día miran sus lujosas tiendas con todas las ofertas, y ven bailar el tango más apasionado a jóvenes parejas que tienen al lado la cajita donde echarle unas monedas.

Conviven, sí, en esta ciudad, la ostentación aparatosa con la más cruda miseria. El brillo de las joyas que lucen los que asisten a los múltiples teatros con la mugre de familias de carrito deforme que rebuscan por los contenedores. Como en sus cementerios, de los que destacan el aristocrático de la Recoleta, donde están los restos de la mitificada Evita y buena parte de las tumbas son monumentos nacionales, y el de Chacarita, descanso de los humildes, aunque amparados por el mausoleo de Carlos Gardel -a quien se le adosan lápidas con agradecimientos por milagros supuestos-.

Pero de Buenos Aires prefiero sobre todo su barrio portuario y sureño de La Boca, con su famosa Calle Caminito -la del tango-; con sus casas de chapa y tablas de colores; con sus niños jugando a la pelota, cerca del Estadio Boca Juniors, soñando salir de su pobreza extrema; con sus tascas de tango, vino y mate; con sus estrambóticos Círculos de Descamisados Evita Perón. ¡Cuánto debieron soñar por ahí nuestros parientes, sin encontrar camino de regreso ni tampoco la mínima riqueza que anhelaron!

Moisés Cayetano Rosado

ESTAMBUL

Recuerdo con deleite las caballas asadas que he comido una y otra tarde en la orilla derecha del Cuerno de Oro, al pie del Puente Gálata de Estambul, servidas desde barcazas en que las pescan y preparan. De allí, el Bazar de las Especias está a un paso, y es un gusto recorrer el espacio abierto, rodeado de cientos de nativos que se afanan también con su humeante bocadillo. Más al sur está el Gran Bazar; éste es ya dominio de turistas que disfrutan regateando con profesionales de todos los engaños, capaces de vendernos el mismo cielo de su gran Alá, entre relojes falsificados, alfombras capaces de volar, oro, joyas, telas, pipas orientales, pistachos, miel o caviar.

Estambul es una ciudad inabarcable, inmensa y bulliciosa, mercantil, regateadora, derramada a un lado y otro de Europa y Asia, a sendas orillas del Mar de Mármara. No obstante esta grandiosidad toda incitadora, yo me quedo con ese espacio cuadrangular y sorprendente que tiene sus ángulos en la mezquita de Süleyman al noroeste, el Palacio de Topkapi al otro extremo, y al sur el Gran Bazar y la mezquita del Sultán Ahmet, a izquierda y derecha del cuadrado imaginario, respectivamente.

Esa mezquita de Süleyman es un complejo que comprende escuelas, viviendas, tiendas, cementerio, patios y oratorio. A sus pies tenemos una panorámica inolvidable de lo mejor de toda la ciudad: palacios, parques y jardines, mar, puentes, torres, bazares, calles enmarañadas, grandes avenidas separando dédalos infinitos, y en especial incontables mezquitas de esbeltos, espigados alminares y cúpulas que descienden en cascada desde la más elevada, grandiosa y principal, formando una especie de familia completa de tortugas gigantescas.

El Palacio de Topkapi encierra los secretos, tesoros y esplendor de los sultanes que durante casi 400 años hicieron temblar al mundo entero, siendo con su hermoso parque Gülhame un universo de cuentos orientales. Un poco más abajo está ese gran reclamo del turismo que es la basílica de Santa Sofía, de cuya traza toman modelo todas las mezquitas de Turquía. Omnipresente en todos los libros del arte universal, hoy ya sólo es museo, cuya visita -cara- decepciona un poco, pues siempre se espera más de lo que ocupa tanto espacio en las enciclopedias.

Por eso, si continuamos algo más al sur, nos veremos muy gratamente sorprendidos por la mezquita del Sultán Ahmet, la “mezquita Azul”, de 260 ventanales con vidrieras de este color, como también lo es la azulejería que recubre sus paredes. Debemos recorrerla neutralizando nuestro frívolo atuendo de turista con unas faldas largas, que proporcionan a la entrada y hacen reír amigablemente a los muchos fieles que siempre deambulan por allí, rezando, haciendo abluciones en el gran patio de entrada, vendiendo en las esquinas. Pocas construcciones superan en belleza a este templo de seis minaretes, gigantesca cúpula y bosque de cupulillas, hermoñado por jardines y espacios abiertos, que, hacia el oeste, nos lleva hasta el Gran Bazar.

En el camino, con la luz dorada del atardecer, ¡qué gusto el de sus helados de todos los sabores! ¡Qué olor el del Kebab -cordero asado en espetón-! ¡Qué bullicio sereno el de tantas voces en esta ciudad de 10 millones de personas, cientos de alminares como espadas al viento y cúpulas de platillos volantes, alzadas sobre su colorido caserío, coronando las aguas azulísimas del Bósforo!

Moisés Cayetano Rosado

NUEVA YORK

Que Nueva York es una ciudad inabarcable lo sabemos antes de aterrizar en el aeropuerto John F. Kennedy, al este del extensísimo barrio de Queens. Pero con ser un espacio interminable, como al sur el legendario Brooklyn, todos nos decidimos por la cinematográfica y bulliciosa Manhattan, la isla en forma de lengua de caballo, abarrotada de hoteles, restaurantes, tiendas de todo tipo, monumentales oficinas, parques y jardines, que constituye la flecha occidental de la ciudad. Al norte queda el Bronx, barrio marginal y peligroso de las películas de intriga, que luego es menos lobo de lo que lo pintan, pero que no está montado al gusto turístico occidental.

Nos quedamos, por ello, con Manhattan, y ya es más que de sobra, pues ni viviendo allí todo un año seguido podríamos descubrir sus recovecos, a pesar de que toda su trama es rectilínea, diáfana, abierta, cuadrículada, como una libreta de escolares. Al medio, su Central Park es todo un mundo de ofertas y recursos (sin olvidar, al norte, el temido Harlen, no tan fiero como siempre lo presentan). Un mundo de niños y mayores, todo masa vegetal y lagunas, donde cualquier deporte puede tener cabida. De allá me quedo con sus senderos sinuosos, su mimado parque zoológico, los perritos calientes -buenos, aunque parezca mentira- de los múltiples carrillos ambulantes y sobre todo el Museo Metropolitano, uno de los mejores y más completos del mundo

Como es tan fácil caminar por Nueva York sin más auxilio que un pequeño plano, mi alternativa es callejear, a partir del gran parque, 5ª Avenida abajo, desde la transversal Calle 59 hasta el Battery Park en la punta sur donde se coge el barco que nos lleva a la inmediata isleta donde está la Estatua de la Libertad. Es imposible hacer una relación de lo que en el camino podemos ver, pero me quedo a patinar un rato en la pista de hielo del Rockefeller Center, por la Calle 50, con escapada a la neogótica catedral de San Patricio; una subida al Empire State, en la Calle 34, el mejor rascacielos para tener una sobrecogedora vista de la ciudad (mejor la panorámica desde el piso 86 que desde el 102, para el que sólo la cola que ha de hacerse ya desanima, y no compensa la estrechez del mirador); un descanso en el Washington Square Park, punto de encuentro multirracial y pórtico de los barrios del sur, y en ese sur, deambular por el paraíso de las tiendas de moda y galerías de arte que es el Soho, así como por ese territorio oriental trasvasado que resulta ser Chinatown, lugar único para comer bueno y barato, y poder comprar lo más insólito y disparatado. Ya abajo, la zona financiera de Wall Street y el hueco de las torres gemelas constituyen la penúltima etapa, antes de posar para las fotos en el Puente de Brooklyn, desde donde los gigantescos paquetes de tabaco y cucuruchos que son los edificios de Manhattan cobran alturas increíbles.

Pero increíbles en verdad sí que son los radicales contrastes de esta ciudad del lujo y la miseria: limusinas de cine y grupos de indigentes envueltos en cartones, que se guardan del frío en los humeantes enrejados de aceras y entradas lujosas de edificios; ejecutivos impecablemente trajeados desplazándose en patines, comiendo bocadillos o acostados en el césped compacto de las entradas de iglesias, donde entre el verde brota el blanco de las cruces de los enterramientos; judíos radicales, con sus extemporáneas trenzas, barbas medievales, sombreros, levitas negras, y jóvenes patinadores de ropajes intergalácticos y bailes siempre renovados. ¡Qué enorme sueño éste de Nueva York, donde ningún disparate resulta estrafalario!

Moisés Cayetano Rosado

FEZ

Lo que más me asombra de Fez, antigua capital de Marruecos y hoy una de sus ciudades más populosas y dinámicas, es la vitalidad de la gente que se gana la vida por el zoco; su capacidad para envolverte en sus redes comerciales, que pueden ir desde patas de cabras asaetadas de moscas y abejorros a los juegos de café más sofisticados, desde un plato de sémola al vapor hasta las sedas y brocados más finos, engarzados con la más cara pedrería.

Allí, en el zoco de la vieja Medina amurallada, deambulan sorteando grupos de mercaderes los viejos burros que cargan bombonas de butano, los niños que salen de la escuela recitando el Corán, tras de saborear la vara de olivo del maestro, los amaestradores de serpientes, los ciegos de verdad y de mentira, los lisiados, los listos, los avaros, los muchos luchadores del destino. Los experimentados guías de turistas, que siempre terminan engañando a los más enterados, a los espabilados del exótico paquete de folleto, siempre maestros en el arte de presumir de sus entendimientos sobre couscous, tajines y kebab, aprendidos precipitadamente en las guías de grandes almacenes. Los espontáneos portadores. Los serviciales comerciantes que te avisan de que los otros te pueden engañar. Los policías protectores que no desprecian la propina.

Me impresiona ver la cantidad de mujeres que se reúnen en las puertas de sus múltiples mezquitas. Su cuchicheo. Sus miradas por entre los múltiples ropajes. Sus risas libertinas. Sus andares de cuentos orientales, que incitan a seguir las.

Me impresionan los viejos, con sus minuciosas abluciones, bajándose, subiéndose la chilaba, tras rociarse con agua las piernas, en los patios de la Medersa Bon Inania o en la mezquita Kairaonine, capaz de albergar -ésta última- a más de 20.000 personas, que rezan con fervor horas y horas y no parece que se cansen.

Me impresiona también, y tal vez más, el Palacio Real, con sus 80 hectáreas de extensión, llenas de pabellones, mezquitas y jardines, todo fastuoso, lujoso como los cuentos de la infancia, en tanto la miseria brota por las calles, huele por las calles, se pega a la nariz como la peste de pellejos de oveja y cabra puestos a secar, como el hedor de las tintorerías de lana y cuero de los barrios humildes de Fes el Bali.

Y en medio del contraste, no dejan tampoco de impresionarme los grandes hoteles europeos de los tiempos de la ocupación francesa, los nuevos hoteles palaciegos, el enorme confort de los que pueden “ver los toros desde la barrera”, ser privilegiados visitantes que se extasían ante la danza de las velas, o de los siete velos, o de los sables, o del vientre.

Fez, como la mítica Casablanca, como Marrakech, retiene a la Edad Media en su vieja Medina y en sus palacios suntuosos. En sus humildes pobladores asustados y en el poder omnipresente de los grandes señores, favorecidos por la mano del monarca alauita. En sus mujeres tan hermosas, de velo y trajes confeccionados por sus manos. En sus interminables regateos y en sus trueques. En la magia supersticiosa de sus ayunos, dogmas, normas, prohibiciones. En sus deseos de salida, de búsqueda constante de nuevos horizontes. En sus miras cortas de un entorno cerrado. En su aureolada esperanza de un más allá, de un ultramar que está ahí mismo, al norte, un poco, mínimamente al norte de sus viejas murallas que nunca lograron defenderlos.

VARSOVIA

Tiene Varsovia la ventaja de que allá no ha llegado aún la fiebre del turismo masivo, del turismo de consumo, con su presencia arrolladora, un poco o un mucho prepotente, vocinglera, autobusera e invasora. Es, por tanto, una ciudad tranquila, laboriosa, un poco provinciana a pesar de sus casi dos millones de habitantes, su tráfico intenso en los barrios centrales y las inmensas avenidas que la cruzan formando grandes cuadrículas, rellenas por más cuadros de calles secundarias.

Destruída en un 85% durante la II Guerra Mundial, hoy apenas se descubren las huellas de las terribles cicatrices en sus redes urbana y monumental, meritoriamente restauradas. Y así, el casco antiguo -la Ciudad Vieja-, con su hermosa Plaza del Mercado, está plagado de casas con tres alturas, abuardilladas, tejados fuertemente inclinados, con vistosas chimeneas, y un explosivo colorido lleno de gusto variado. Allá, un nutrido grupo de pintores trabaja en la calle, en toda época, si los muchos días de nevada y de lluvia que al año tiene la ciudad se lo permiten.

Pero Varsovia, además de este casco antiguo exquisito, atesora un patrimonio verdaderamente envidiable en grandes palacios y jardines. Como palacio, ninguno rivaliza con el de Wilanów, la mejor muestra de estilo barroco en Polonia, un pequeño Versalles en salas, salones, dormitorios, masas vegetales exteriores, que fue residencia del rey Juan III Sobieski, defensor de Europa en la batalla de Viena de 1683. Él, en los extrarradios de la ciudad, y el Castillo y Palacio Real en el centro, forman junto al Palacio Lazienki -integrado en la urbe, al sur- lo mejor de la arquitectura local.

Pero si he de hacer una elección única, yo prefiero sin dudarlo éste último, y más aún sus enormes jardines, su pequeño bosque, que cuando está nevado parece una sábana gigantesca pintada por Zurbarán, llena de picachos y dobleces, sobre los que vuelan patos y pavos reales. ¡Qué gozo verlos posarse en el monumento a Chopin, donde los domingos apacibles se reúnen multitudes para escuchar conciertos memorables! Y es que esa es otra identidad más de esta bella y serena población: la música. La música y la danza, que se alternan ininterrumpidamente en su Teatro de la Ópera, otro inigualable monumento que puede acoger a 2.500 personas, y siempre se llena, siendo sus principales clientes jóvenes y adolescentes que sueñan con ser también grandes artistas. Música y baile forman parte de la cultura popular, como la artesanía, en la que son maestros, tallando madera de tejo.

Sí, vayan a Varsovia. Vayan como viajeros tranquilos, desapercibidos. Recorran su legado antiguo reconstruido, sus hermosos bosques y jardines, el completísimo Muzeum Narodowe. Y permítanse degustar sus platos sabrosos de codillo de cerdo (golonka), de ternera asada (cielecina pieczona), de carpa (karp) preparada de formas ingeniosas, tras tomar una sopa de remolachas (barszoz) como entrada, alternada con sorbos de vodka, en uno de sus múltiples restaurantes de la Plaza del Mercado, como el elegante Razylyszek. Para acabar, bébanse un té con limón (herbata z cytryna) en cualquier pub, mientras miran pasar a los amables habitantes de esta ciudad alegre, sufrida y luchadora, camino de sus casas, sus paseos, sus músicas y sus deportes variados, tan queridos por esta sociedad que se afana, a pesar de tantos contratiempos de la historia, en ser feliz y hacernos felices a todos los demás.

Moisés Cayetano Rosado

LA HUELLA DEL VIAJERO (VIII)

ROMA

Roma en verano es como un cocedero de mariscos: calurosa y húmeda, pegajosa y asfixiante. Sin embargo, los turistas y hasta los viajeros más precavidos, caemos en la tentación de ir, pasear por el dédalo de sus calles, recorrer en tropel sus plazas, monumentos antiguos, basílicas, jardines, museos y esa ciudad “arte total” del Vaticano, en los tórridos meses de julio y agosto. Será por disfrutar más todavía de sus helados sabrosísimos; por sentir en las fuentes la lluvia fina del agua que siempre te salpica; por agotar incluso al cuerpo, junto a la imaginación, la fantasía, ante el apabullante cúmulo de sugerencias que plantea.

Hay que ir, en Roma, por la mañana muy temprano a visitar las ruinas de la antigüedad, el legado de sus fundadores. De norte a sur, extasiarse en el Coliseo; caminar entre jardines y gentío por el Foro, el Arco de Constantino, el Circo Máximo con capacidad para 300.000 espectadores, y llegar hasta las Termas de Caracalla, donde podían bañarse al mismo tiempo 1.500 personas y cuyas ruinas se utilizan como escenario para la representación de ópera al aire libre en esos meses de calor.

Tras este breve recorrido, habrá que resguardarse en las basílicas de la siguiente época, la cristiana, yendo hacia el noreste a la de San Juan de Letrán, la de San Pedro in Vincoli –donde está el imponente Moisés de Miguel Ángel-, y buscar donde refrescarse cerca de la Fontana di Trevi, posiblemente la fuente más bella del mundo. Para ocasión aparte ha de quedar la Basílica de San Pedro del Vaticano, todo un espectáculo arquitectónico, escultórico, pictórico, ornamental, en cuya construcción y decoración intervinieron los artistas más geniales del renacimiento y del barroco. Ya la misma Plaza de San Pedro, con sus dos brazos de columnas gigantes es sobrecogedora; nuevamente hay que recurrir a los números: 400.000 personas caben en este espacio columnado diseñado por Bernini. El interior de la Basílica intimida, con su belleza y su lujo. Y los museos, que contienen la más grande colección de arte antiguo del mundo. Y la Capilla Sixtina, embobamiento razonable de turistas, así como las 24 hectáreas de jardines, con bosquecillos, fuentes, estanques, senderos sinuosos...

Pero tal vez lo más atractivo de Roma sea la noche. Las bulliciosas noches de sus plazas, y en especial de Plaza Navona, construida sobre los restos de un circo romano, y con las fuentes más espectaculares que podamos ver: “los cuatro ríos” de Bernini. Allí, artistas, echadores de cartas, adivinadores del porvenir de todos los pelajes, bares con terrazas donde no cabe un alfiler, luces y sombras, virtudes y pecados, se mezclan como en parte alguna pueda suceder. Posiblemente, de no cortar radicalmente, sigamos deambulando por este espacio elíptico hasta que despunte el día. Mas el día, otro día, y otro y otro, requieren de nuestra fortaleza para más visitas, para más asombros, para más espectáculos en esta ciudad-museo, madre y padre de todas las ciudades occidentales de su género.

Hay, eso sí, que recuperar la forma física, después de tanto ajeteo, con los sabrosos productos de su famosa cocina. Sus pastas, siempre omnipresentes, las pizzas, sopas de pescado y la interminable lista de dulces y pasteles. ¡Ah!, y aunque se esté muy cansado, no olvidar una visita al Panteón de Agrippa, con cúpula esférica de 43 metros de diámetro, cuyo óculo es la única luz natural del templo -¡y cuánta entra!-, un templo único para una ciudad irrepentible.

Moisés Cayetano Rosado

SANTO DOMINGO

Sorprende, cuando vamos desde el aeropuerto de Las Américas hasta Santo Domingo, la enorme miseria de los múltiples barrios que se suceden antes de llegar a la inacabable Avenida de España. La misma que después veremos bordeando el Malecón, al sur de la Avenida de la Independencia, todo ello a orillas del Mar Caribe, que acoge, más allá y más acá, a miles de turistas, resguardados en hoteles lujosísimos.

Pero yo creí que en Santo Domingo ya había visto el culmen de la pobreza caribeña recorriendo estos barrios portuarios de tumultuarias familias negras, arracimadas en barracas de tabla, sin luz, sin agua, sin alcantarillado, sin apenas nada que llevarse a la boca, cuando salí de mi error visitando el corazón del centro urbano. Sí, es cierto que allá se encuentra lo más lujoso que nos sea dado contemplar: el ajardinadísimo Palacio Presidencial y las envidiables mansiones vecinas. También lo es que la inmediata zona colonial está notablemente restaurada, presentando antiguos palacios, iglesias y conventos de exquisito gusto. Igualmente resulta una delicia visitar las fortalezas y los fuertes que defendieron toda esta parte noble y antigua. Pero allá, al norte de la Avenida Mella, a la altura del Mercado Modelo, nos enfrentamos nuevamente con la cara más dura de la extrema miseria.

En efecto, Santo Domingo es una gran ciudad de abismales contrastes. Bellísima en sus portentosos palacetes, caserones y plazas espaciosas; en sus hoteles periféricos; en sus jardines, bosquecillos, masas vegetales del más rabioso trópico. Y, ¡ay!, las playas cercanas, ese paraíso de arenas doradas, cocoteros, aguas azulísimas, corales, isletas y cuerpos cimbreantes de caoba... Mas también es la ciudad de la pobreza; pobreza en esos barrios de extrarradio construidos al aluvión, amontonados; y pobreza en ese dédalo de calles en el centro que los propios nativos llaman el “Pequeño Haití”, por la gran cantidad de inmigrantes haitianos que allá sobreviven o que vienen y van a su país acarreando mercancías en unos autobuses milagrosos que lo soportan todo y vuelven cada día, confirmando que allí son siempre posible los milagros.

Jamás he pisado ratas más grandes en mi vida que en los alrededores de este Mercado Modelo. Gigantescos roedores que los comerciantes matan a palos, pues los perdigones de las escopetas de cartuchos que llevan los innumerables guardas de las tiendas son para los rateros, que no por ello desisten en su empeño por la sobrevivencia, dejando la piel muchos en la acera por el intento. Y jamás, ni en las tintorerías y secaderos de tripas del Magreb, he sentido tanta repugnancia como en los altos del Mercado, donde venden peces, junto a otros tenderetes de carne, dulces, ropa, abalorios o calzado, sobrevolados por enormes moscas.

Ahora bien, por encima de todo, Santo Domingo es el trópico. La música estridente, en especial merengue; la infatigable vitalidad de su gentío; el ron, la cerveza, el café y el tabaco; el arroz para todo, el pollo, la ensalada y, si se puede, hincarán un bocado también a la langosta. Santo Domingo, como la cercana Habana, es más que nada la bullanga y el ritmo, la bondad de sus hombres y mujeres; la alegría de un pueblo castigado que vive en medio de un paraíso natural que en tantas ocasiones -tal vez siempre- les ha sido negado, pero que ellos consiguen tozudamente reinventar, aunque a veces se den por vencidos y vengan a este nuevo Dorado que es su madrastra Europa, donde tantas penas les aguardan.

Moisés Cayetano Rosado

LONDRES

Lo que más me gusta de Londres son sus parques y jardines. Mucho más, desde luego, que la Abadía y el Palacio de Westminster, con su famosa Torre del Reloj, obra máxima del pastiche victoriano. Y más también que el Buckingham Palace, en cuyas verjas y el espacioso Queen Victoria Memorial se agolpan los turistas del mundo entero para fotografiar, grabar, admirar, el cambio de guardia de las once a las doce del mediodía. Entre ambos monumentos discurre el St. Jame's Park, que se prolonga al oeste por el Green Park y culmina más allá en los inmensos Hyde Park y Kensington Gardens, constituyendo un oasis de tranquilidad y de belleza: ahí me encontrareis.

No desdeño el maravilloso Museo Británico, magnífico multitesoro logrado a base de saqueos por toda Europa, norte de África y Asia completa. Ni a la Nacional Gallery, quizás con la mayor colección de pinturas del mundo. O tantos otros museos, complejos artísticos y pintorescos -¡cómo no festejar la Torre de Londres y su puente, todo el folklore de sus soldados fotogénicos, las joyas de la Corona y los ocho cuervos!-. O las plazas espaciosas, de las que prefiero a Piccadilly Circus, embarullada y noctámbula, lujosa, golfera y a la vez llena de indigentes. Y es que Londres, sin dudar, es mucha ciudad. Mucha y variada la oferta de su retorcido y caprichoso plano irregular, bien horadado por un metro que te lleva con comodidad a cualquier sitio.

Y en medio del bullicio de esta metrópolis inabarcable, hay que volver a esos parques centrales, o subir -hacia el norte- al Regent's Park, donde se encuentra el zoológico, y bajar al sur, a Ranelagh Gardens y Battersea Park, sin olvidar otros espacios alfombrados de verde y punteados de arboledas que nos aguardan por toda la urbe, con su animada algarabía de niños, familias, deportistas de todos los pelajes, aves acuáticas, ardillas, vendedores de sándwiches de pepino, de hamburguesas y el omnipresente fish and chips (pescado y patatas fritas en aceite rabiosamente caliente).

Hemos intentado, en muchas ciudades mediterráneas desde las que sus municipios han ido a sacudirse las bellotas a esta envidiable capital, imitar sus jardines, sus parques con estanques, su césped y sus aves. Pero han olvidado los revolucionarios del verde que hablamos de distinto clima: atlántico muy húmedo y constante contra mediterráneo de tórridos veranos sin agua desde el cielo; brumas contra sirocos; escasa oscilación térmica y pluviométrica contra los más radicales cambios atmosféricos. Imposible esa armonía, el desarrollo natural de una vegetación sedosa, rabiosamente verde, perenne en su esplendor conseguido con apenas esfuerzo. Y así, el secarral aparecía por estos lares, al no saber cuidar de la también admirable flora autóctona.

Cuando en Kensington Gardens maniobran las familias enteras con los barcos-miniatura por su laguna; en Hyde Park se esconden las ardillas al paso de caballos relucientes que trotan por múltiples senderos; por Green Park descansan los turistas con sus colecciones de fotos y vídeos, y por St James's Park nos extasiamos con la inacabable fauna acuática de su estanque, tan lejos y tan cerca del tráfico urbano, sólo una tentación nos hará romper con el ensueño: tomar en el Támesis, a la altura del Puente Westminster, el barco que nos lleva hasta Greenwich y Woolwich al este, o hasta Kew y Hampton Court al oeste, donde podremos seguir emborrachándonos de verdor en esta inmensa pradera del sur de Inglaterra. Será otro ensueño, ahora mayor, para llevarnos a nuestros ojos asombrados.

Moisés Cayetano Rosado

ATENAS

Por la noche, desde las terrazas de los hoteles cercanos a la Plaza Syntagma, se ve el espectáculo iluminado de la Acrópolis de Atenas, donde destaca, como un pastel increíble de nata, el imponente Partenón. La subida a esta espectacular y hermosa almendra de mármol y granito, prolongada en la ladera sur por los teatros de Dionisios y de Herodes, es un paseo agradable por calles medievales que, como un túnel del tiempo, nos llevan hasta la antigüedad esplendorosa del siglo V a. C. Allí arriba, tras las monumentales escalinatas, el Camino de los Panateneas y el edificio central de los Propileos, nos esperan, junto al Partenón, el Erecteion con su porche de las Cariátides y el templo de Atenea Nike, multitud de restos arqueológicos de esta ciudad-santuario, única en el mundo. Agradable visita y caminata que ha de compensarse con descansos en sus piedras labradas 2.500 años atrás, pero infernal paseo si lo efectuamos en verano, con 45°C y más rebotando en las piedras tan blanquísimas.

Y abajo, en ese espacio medieval que desde la Plaza Syntagma hemos dejado atrás, nos espera el frescor de sus terrazas, de los rincones de sus pequeños restaurantes, donde sirven un delicioso “Suvlaki”, especie de pincho moruno, a veces envuelto en torta de pan: como “Pita” habremos de pedirlo en este caso. Es el barrio de Plaka, turístico y a la vez tan autóctono en sus mercados llenos de carnes y de especias; en sus tiendas pequeñas, en sus tabernas donde se amontonan botellas de Retsino, el vino del país, con sabor a resina de pino, de los toneles donde reposa, y de Ouzo, una especie de anís no muy logrado; en sus pequeñísimas y hermosas iglesias bizantinas, recónditas, pálidas por fuera y tan brillantes de panes de oro en su interior.

Por la ladera oeste de la Acrópolis, seguido a Plaka, está el otro barrio señero de la vieja Atenas: Monastiraki, con un sin fin de tiendas donde comprar de todo, y donde hacerse la ilusión de que se está en la antigüedad, rodeado de multitud de bustos en mármol, bronce, hierro, así como sortijas, pendientes, brazaletes, broches y brocados que parecen salidos del Templo de Afrodita, de su imponente talle y las mil sacerdotisas de su séquito.

Pero estando en Atenas, hay que acercarse al Puerto del Pireo, a donde llega la única línea de metro de la ciudad. Un atracadero interminable de grandes barcos, barcasas y yates; una infinita oferta de bares y restaurantes, donde alternar el pescado con el plato más conocido de la cocina griega: el “musaka”, a base de berenjenas, carne picada y bechamel, cocinado al horno en capas superpuestas. Allí, en el Pireo, he visto a los niños más tristes del continente: tocando acordeones y guitarras, cantando y bostezando de sueño, aburrimiento, de indolencia y de hambre; extendiendo su mano entre los veladores, por los vagones del metro, con escasa esperanza de que le des una moneda. Viven en los barrios marginales y muchos son supervivientes del éxodo balcánico hacia el sur y el occidente en busca de un poco de futuro.

Y volviendo al pasado, ya que estamos tan cerca de donde comenzó la civilización que dio arranque a la que forjaría la cultura común del Mediterráneo, merecerá acercarse a Mecenias, fortificación de muros ciclópeos, que tuvo su apogeo hace más de 3.600 años. A Epidauró, donde se celebran los festivales de Teatro Clásico más famosos del mundo. Y a Corintio, donde asombrarse con su majestuoso canal, de múltiples y peligrosos roquedos escarpados. ¡Qué inolvidable paseo por los orígenes!

Moisés Cayetano Rosado

ÁMSTERDAM

Ámsterdam es una ciudad contradictoria y sorprendente. Enclavada en un entorno puritano, tiene el “barrio rojo” más relajado de occidente: calles y más calles del corazón urbano en cuyos bajos se muestran, casi desnudas, jóvenes muchachas de todas las razas y atractivos tras una cristalera iluminada con suaves luces rosas, esperando al cliente con la cama a la vista. Sex shop, con toda la gama de productos pornográficos, y coffe shop, donde fumar marihuana y prepararse varios tipos de droga, completan una oferta libertina, aparte de la legión de vendedores ilegales de sus calles oscuras. Y allí mismo, y en todas partes de su hermoso casco antiguo, ceñido por canales que forman como curvas concéntricas y varillas del abanico que es su plano, a cualquier hora se amontonan por los suelos bolsas de basura, que se recogen aparatosamente a primera hora de la tarde, y hay que esquivar la montonera entre multitud de bicicletas, aparcadas en aceras, portales y pies de farolas, impidiendo el paso del peatón, no digamos de invidentes o sillas de ruedas; completan el espectáculo unos postes gruesos con pequeñas alas laterales donde los hombres -hay que hacerlo de pie- pueden orinar a la vista de todos, reconfirmándose con el olor de las zonas afectadas la función que allá se realiza; en la cercanía de los canales, estos postes son sustituidos por una especie de medios bidones con patas y una rejilla abajo.

Pero esta población invadida por bicicletas que difícilmente respetan los pasos de peatones, es un paraíso del goce, de la tranquilidad, de la fiesta. Ciudad para callejear, para recorrer sus múltiples canales en las inmensas barcazas de turistas, para degustar su queso, verduras y excelente carne de ternera en los múltiples restaurantes no excesivamente caros, para saborear la cocina internacional, increíblemente variada, en especial la de oriente y sobre todo la indonesia. Y ya, fuera del abanico de la lujuria, la gula y el romanticismo de sus placitas y rincones, fuera de la zona histórica, al borde sur, hay que extasiarse en sus museos y sus hermosos parques y jardines. Así, al lado mismo del Singelgracht, el canal que rodea toda la zona antigua, está el Rijksmuseum, Museo Nacional, conocido mundialmente por su excepcional colección de pintura holandesa de los siglos XV al XVII, y sobre todo por las ricas y abundantes muestras de Rembrandt y Vermeer. Un poco más abajo se encuentra el Van Gogh Museum, tan masificado de visitantes como el anterior, donde disfrutar de la inmensa colección de pinturas del gran genio, así como de una muestra nutrida de sus contemporáneos. Y al lado, el Stedelijk Museum, Museo Municipal, especialmente rico en arte de vanguardia.

Al lado mismo de estos templos del arte se encuentra uno de los más hermosos espacios verdes de la ciudad: el Vondelpark, al estilo de los jardines ingleses, de 48 hectáreas de superficie, con más de 120 especies arbóreas, rosaladas, césped, estanques sinuosos, fuentes, canchas para deportes, restaurantes y muchas, muchas bicicletas a toda marcha por caminos, veredas y pasarelas. Un paraíso que más al sur se prolonga en un bosque envidiable: el Amsterdamse Bos, todo verdor, canales y lagunas como en pocos lugares podemos encontrar.

Para el visitante moderadamente inquieto, también están los pueblecitos cercanos, encantadores, tranquilos, con sus casas de tejados pronunciados y estructuras de madera, sus pescadores, los canales omnipresentes, las inmensas llanuras de praderas y vacas, con tan fácil acceso por su buena infraestructura de vías y de transportes que invitan a la breve escapada reposada.

Moisés Cayetano Rosado

ANKARA Y CAPADOCIA

Desde el 1 de octubre de 1923, Ankara es la capital turca, sustituyendo a Estambul. El general y presidente Mustafá Kemal -Ataturk-, padre de la Turquía moderna, estableció allí la sede del Gobierno y modernizó una ciudad que cuatro mil años atrás había sido centro del poderoso imperio hitita, pasando después al olvido. Así, hoy, resulta una población con atractivos escasos, en medio de un país lleno de sugerencias. No obstante, su ciudadela es una fortaleza bizantina, de más de 1.300 años de antigüedad, constituida por un doble recinto bien conservado que puede representar una visita provechosa. Su interior es muy empinado y, como cualquier casco antiguo, está escasamente habitado, siendo sus moradores familias muy pobres que viven de la mendicidad, de vender paños elaborados a mano o baratijas de hierro y bronce para los turistas, y de intentar servir de guías más o menos imaginativos. Desde allí, las panorámicas sobre la ciudad son extraordinarias. En la parte baja, que desde la instauración de la capitalidad ha visto un crecimiento desmedido, merece ser visitado el Museo de las Civilizaciones Anatólicas, muy completo, destacando su magnífica colección de bajorrelieves, vasos de libaciones, estelas y armamentos hititas, sin duda la mejor del mundo y que ya de por sí justifica una visita a la ciudad.

Otro atractivo es el Mausoleo de Ataturk, enorme tumba “faraónica”, con forma de templo rodeado por una columnata, precedida de un atrio al que desemboca una avenida triunfal, ornamentada con leones de estilo neohitita. El culto laico al creador de la modernidad turca, al estadista que emprendió la separación de la religión y la política, consiguiendo el país más tolerante del entorno, está presente en todos los lugares, pero aquí adquiere un cariz paradójicamente religioso.

Desde Ankara hacia el este ya notamos que nos encontramos en un territorio asiático, en ese desierto espectral que forma la Capadocia, uno de los territorios más enigmáticos y bellos, en su desolada grandeza, de todo el mundo. Allá, en el centro de Asia Menor, se encuentra Göreme, con sus templos escavados en las rocas, algunos de grandes dimensiones, contabilizándose en total 340 iglesias y capillas, ricas en frescos y pinturas del siglo X. Muy cerca, tenemos Kaymakli, ciudad subterránea con ocho niveles superpuestos, de difícil datación histórica, tal vez utilizadas por poblaciones cristianas durante las invasiones árabes. Y allí mismo, las extraordinarias ciudades de Ürgüp y Neusehir, centros turísticos por excelencia, donde se hace realidad la publicidad de los folletos turísticos: espectaculares paisajes lunares con poblados trogloditas, que parecen algunas casitas de gnomos sobre rocas calizas pulidas en vertical por el viento y formadas por cilindros perfectos que se cubren con cucuruchos cónicos oscuros: acción milagrosa de la erosión diferencial, completada por cárcavas profundísimas y simas de cientos de metros que se precipitan en valles inmensos, polvorientos y quemantes.

Cualquier visita a estos inéditos lugares hay que completarla con su buena oferta culinaria a base de frutas y verduras con carne de cordero bien condimentada, asada casi siempre en espetón (el famoso “kebab” turco) y densos yogures con pepino y ajo (cacik), así como los postres excelentes de nueces flotando en melaza (baklava), pistachos y melones. Para acabar, un humeante baño turco de agua y masajes, tiempo lento y contorsiones, nos redondeará el sueño oriental de turista necesitado de emociones “civilizadamente” controladas.